

# El Futuro de la Socialdemocracia en México

*Lic. Abel Alcántara Hidalgo\**

La cuestión que hoy nos ocupa y que seguramente discutiremos muchas veces más, es la del futuro de la socialdemocracia en nuestro país. Para dar inicio a la discusión es necesario abordar dos cuestiones básicas: 1. ¿Cuáles son los valores, postulados y tareas que identifican a la socialdemocracia (SD)?, y 2. ¿Cuál es la realidad nacional y cómo transformarla? La Maestra Vania Roxana Ávila García, avanzó sobre las características y postulados de la SD en el mundo<sup>1</sup>, en un artículo al que remitimos al lector como antecedente del presente texto. La intención de estas líneas, por lo tanto, es abordar las preguntas realizadas renglones arriba de manera general, y dejar los temas específicos para otra ocasión.

No se puede obviar la falta de tradición democrática y, por ende, socialdemócrata en el país. Nuestra clase política ha engendrado personajes, grupos y partidos políticos que hoy se reclaman socialdemócratas y que necesitan abrir el debate y mostrar las diferencias ideológicas y de identidad que la izquierda SD tiene con las teorías tecnocráticas de corte neoliberal, o con las populistas y corporativas de la izquierda mexicana tradicional. Las diferencias deben hacerse visibles para definir la identidad partidista, sobre todo cuando las propuestas neoliberal o populista y corporativa tienen todavía eficacia política; pero también porque se comparten con ellas los valores, propios de un sistema democrático, de la legalidad y la solución pacífica y gradual de los conflictos. Lo que en definitiva no se comparte son los argumentos con los que estas corrientes definen los contenidos del bienestar y de las libertades públicas que deben garantizar las instituciones democráticas, y menos aún el papel que estas instituciones deben desempeñar en nuestra sociedad.

Una izquierda que se reconoce como SD debe deslindarse de esos argumentos y comenzar por abandonar el carácter negativo de tales definiciones políticas. No cabe ya un discurso antiglobalizador ni las generalizaciones tradicionales contra el mercado, o la recurrencia al estatismo defensivo. Es indispensable abrirle paso a planteamientos constructivos y asertivos: ¿Cómo nos relacionamos con el mundo? ¿Cómo nos insertamos en el proceso de Globalización? ¿Cómo regulamos el mercado? ¿Qué Estado queremos y cuál debería ser su papel? Son las preguntas que una izquierda moderna, para el Siglo XXI, debe responder para darle utilidad social a su acción política. La izquierda mexicana debe reconocer sin ambages que la realidad ha demostrado la inviabilidad de opciones revolucionarias, estatistas y populistas; opciones que a sectores sociales educados, cada vez más amplios en este país, les resultan del todo inaceptables.

---

\* Vicepresidente de Vinculación con Organismos No Gubernamentales, CEN de Convergencia.

<sup>1</sup> Vania Roxana Ávila García, *El comportamiento de la Socialdemocracia en el Mundo Globalizado* en la Revista Nueva Visión Socialdemócrata, Fundación por la Socialdemocracia de las Américas, Números 3 y 4, enero-julio 2006, pp. 60-73.

Los temas de la nueva izquierda conforman un catálogo intelectual y un programa estratégico para una sociedad de libertades públicas y de bienestar social. Asimismo, significan un compromiso con la tradición racionalista que ha acompañado a lo más avanzado del pensamiento de la izquierda mexicana y de las luchas sociales en que ha participado. La empresa política que debemos promover supone abrir un proceso de elaboración de un discurso y de un conjunto de medidas e instrumentos institucionales de mediano y largo plazo que convengan a los ciudadanos y dinamicen la vida del país.

La izquierda ha dedicado demasiado tiempo a discutir los dogmas marxistas y a repetir los principios del nacionalismo revolucionario, ya sin vigencia social, pero reiterados en los discursos como categorías indiscutibles (es el caso de la “rectoría económica del Estado”, que ni existe ni expresa nada, pero que desvía la discusión). Las nuevas tesis de una izquierda moderna tienen que construirse con base en la crítica del sistema de relaciones del México actual y como opción a los preceptos de la izquierda tradicional, que tienen cada vez menos solidez y argumentos para convencer a una ciudadanía más informada.

¿Dónde, entonces, debe abreviar una izquierda nueva para construir un discurso moderno? La respuesta obliga a un triple esfuerzo de estudio, imaginación y creatividad, pues se trata de incorporarnos al debate de los temas del pensamiento contemporáneo para convertirlos en propuestas institucionales y en planteamientos electorales exitosos. La izquierda debe abandonar los diccionarios de la escolástica marxista y más aún los del nacionalismo revolucionario. Debe convertir en propuestas claras y líneas de acción política los temas del feminismo, el ambientalismo, la reforma constitucional y el asunto de las diversas identidades que conforman lo nacional. La izquierda SD es gestora y aliada de la modernidad, es promotora de las más amplias libertades públicas, de los esquemas de regulación y orden gubernamental, es partidaria de fórmulas para acotar el mercado e impulsora de instrumentos para normar sus relaciones, pero no para lograr su extinción. Es decir, la nueva izquierda es el referente reformista por excelencia de la sociedad, sus propuestas deben ir a la raíz de manera gradual y pacífica.

Subrayar el principio reformista para la transformación social parece ocioso. No lo es. Todavía existen partidarios de la refundación social y de las tentaciones violentas para promover los cambios. Por ello es indispensable afirmar que las alianzas, el tipo de reformas, las modificaciones al mercado interno, las medidas para una mejor distribución del ingreso, la hegemonía de la izquierda, sólo se construye por una ruta: el reformismo.

Cuanto más afirme la izquierda su convicción reformista más cerca estará de los valores democráticos que proporcionan identidad a su lucha: los valores de la izquierda, de acuerdo a Norberto Bobbio<sup>2</sup>, son “...la tolerancia, la no violencia, la renovación gradual de la sociedad mediante el libre debate de ideas y el cambio de la mentalidad y la manera de vivir, y el ideal de la fraternidad. Éstos, y no los discursos totalizantes de la izquierda revolucionaria, son los valores de la izquierda democrática”. Este catálogo de valores es imprescindible, pero no suficiente para lograr el anhelo histórico de la izquierda: una sociedad justa. Por ello, los valores democráticos se complementan con los valores de la igualdad social, la reciprocidad económica, la prioridad de las libertades de la persona, la equidad de las mujeres, los reclamos ambientalistas, la lucha contra la discriminación, la

---

<sup>2</sup> Norberto Bobbio, *El Futuro de la Democracia*, Fondo de Cultura Económica, pp. 30 y 31.

inserción global equilibrada de los estados nacionales y la defensa internacional de los derechos humanos.

El despliegue colectivo de referentes intelectuales y políticos constituye la fórmula democrática para enfrentar los propósitos de la derecha que promueve esquemas que ahondan la desigualdad y la marginación, además que alientan la beligerancia de grupos intolerantes opuestos a los valores del laicismo. Sin embargo, tal esfuerzo no revalida los valores, las prácticas y las formas de organización del autoritarismo mexicano, todavía presentes en la vida económica, social y política del país.

La igualdad ha sido y es el valor máspreciado de la izquierda socialdemócrata, es la base fundamental de su identidad política. Ninguna forma de realismo político puede hacer que la izquierda democrática renuncie a este valor fundamental de la vida colectiva. La igualdad para la SD se concibe como reciprocidad económica e igualdad en los derechos de la ciudadanía, así como en la protección del estado de derecho y el acceso a mecanismos de compensación social a través, por ejemplo, de sistemas fiscales progresivos y de políticas de acción afirmativa.

Una sociedad igualitaria no se reconoce en las tragedias de la colectivización comunista ni en los fracasos de la “socialización de los medios de producción.” Tampoco se halla en la estatización de la economía y le resultan indeseables los esquemas burocráticos e ineficientes, basados en un excesivo déficit fiscal, propios de las formas convencionales del Estado de Bienestar. La igualdad postulada por la SD no se reduce a la idea simple de igualdad de oportunidades, característica del Neoliberalismo, que ignora la situación social de partida que condiciona a cada individuo. La igualdad que promueve la izquierda moderna, alienta un sistema amplio y generalizado de compensaciones sociales que resarce a las personas y a los grupos sociales por las desventajas innecesarias y los agravios socioeconómicos sufridos.

Los esfuerzos para superar la desigualdad extrema deben darse en el marco de un régimen democrático de libertades, es decir, la interacción entre orden democrático y lucha contra la pobreza es indispensable. Por lo tanto, debe impulsarse la organización y la participación de la sociedad en la solución de sus problemas a fin de potenciar la efectividad de las políticas públicas y los programas anti-pobreza.

En este terreno, la izquierda moderna debe construir un pensamiento político estratégico en el que los modelos de política económica y política social vayan rigurosamente vinculados; un esquema capaz de superar tanto las simplificaciones del populismo corporativista y clientelar que ha dominado durante décadas en la izquierda latinoamericana como las orientaciones pseudo científicas de orientación neoliberal.

Sin este compromiso no habrá futuro político para la izquierda democrática en México. Si algún grupo o partido confunde esta noción de igualdad con la añoranza ahora en boga por el estatismo, el corporativismo y el clientelismo, propios del nacionalismo revolucionario, terminará situándose en la orilla opuesta de la izquierda moderna. Es decir, regresará a la política paternalista, populista y autoritaria que tanto se conoce y que tanto daño ha hecho en México.

### **Nuestro Sistema de Relaciones**

México, a diferencia de Argentina, Chile y Uruguay, es un país de tradición autoritaria: partido único, sociedad corporativa, economía cerrada, estado paternalista y proteccionista. Esta herencia sigue presente. Aun el más avanzado y moderno sistema de relaciones, el régimen electoral mexicano, necesita reformarse para estar a la altura de los modernos sistemas electorales del mundo. Por otra parte, donde casi todo está por hacerse es en el sistema de organización de la sociedad. Salvo las nuevas expresiones de agrupación de la sociedad civil, la organización obrera y en menor grado la campesina mantienen el sello corporativo y semi-feudal de los años de su formación. El mundo de los empresarios mexicanos es similar: sus relaciones tienen mucho de feudal. Protegidos por leyes premodernas nuestros hombres de empresa se reproducen en grupos familiares, se desarrollan sin competencia, bajo un régimen fiscal permisivo, sin compromiso social y sin contrapesos laborales.

Esta descripción apretada de nuestras relaciones políticas, sociales y económicas puede matizarse (ninguna sociedad es completamente moderna o completamente tradicional), pero es esencialmente justa. Baste mencionar algunas expresiones y características de los actores principales del México actual para corroborarlo y sacar la conclusión que vivimos en un país regido por oligarquías<sup>3</sup>.

Tenemos un sistema de partidos hermético: tres partidos (Partido Revolucionario Institucional (PRI), Partido Acción Nacional (PAN) y Partido de la Revolución Democrática (PRD)) tienen el control económico-legal (en algunos casos extralegal) y con ello el acceso a los medios y, por lo tanto, al predominio electoral. Sus estructuras dirigentes son impenetrables y el control lo detentan a nivel nacional y estatal, grupos pequeños y cerrados que se turnan los puestos y las candidaturas en una incesante e imparable carrera que deja fuera a ciudadanos con prestigio e interés y vocación política, pero que carecen de poder económico, de padrinos, de grupo o de tribu.

A contracorriente o sobre la corriente (alianzas con los tres grandes) se han abierto nuevas opciones que se disputan el 10% de la votación. Pero la falta de equidad en el acceso a los recursos, la ausencia de plataformas electorales sólidas y objetivas y, en algunos casos, la reedición de conductas pragmáticas o la pervivencia de estructuras internas con predominio familiar o sindical-corporativo, les niegan el arraigo y su implantación como tendencia electoral. Después de las elecciones del 2006 ha aumentado la oferta partidaria: se incorporó un partido de corte socialdemócrata y otro de la más pura cepa corporativa con tintes nacionalistas revolucionarios -un nuevo desprendimiento del PRI-. Este hecho abrió una tendencia contradictoria entre aquellos que quieren poner mayores obstáculos a las nuevas formaciones y los que conforman un incipiente movimiento que demanda nuevos referentes y otros esquemas de participación electoral. Surgen así, de nuevo, las preguntas:

---

<sup>3</sup> Oligarquía “no designa esta o aquella institución, no indica una forma específica de GOBIERNO, sino que se limita a llamar nuestra atención sobre el hecho, sobre el puro y simple hecho, de que el poder lo detenta un pequeño grupo de personas tendencialmente cerrado, ligados entre sí por vínculos de sangre, de interés o de otro tipo, que gozan de particulares privilegios y utilizan todos los medios que el poder les da a disposición para mantenerlos”, “...con el objeto de designar el mismo fenómeno del dominio de un grupo pequeño y cerrado de personas en organizaciones diferentes del Estado: por lo cual se habla de (o) económicas, militares, sacerdotales, burocráticas, sindicales, financieras, etcétera.” Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de Política*, Siglo XXI Editores, pp. 118-119.

¿Este es el nuevo espectro partidario que México requiere? ¿La participación electoral debe circunscribirse a los partidos? Para contestarlas no hay más que echar una mirada al mundo democrático moderno que ha fortalecido y consolidado su régimen de partidos con actitudes abiertas y permisivas, de hecho y en la Ley. Sociedades modernas que han visto surgir partidos nacionalistas, antimigrantes y racistas, y que han asistido a la legalización de movimientos que a nosotros nos parecerían jocosos e innecesarios, como el Partido para los Animales de Holanda, cuyo logo es una vaca masticando una flor. Holanda, precisamente, reconoce 74 partidos, España 119 (más los regionales), Francia 27 (más los regionales), Polonia -que acaba de surgir al mundo democrático- ha registrado 13 y, para no ir muy lejos, en América, los Estados Unidos (EU) reconocen 20 y Argentina 26, y en casi todos estos países hay lugar para los candidatos independientes o ciudadanos. Este ejemplo mundial ¿nos ayudará a superar los miedos a la “atomización”, a desechar el subterfugio de “más partidos más dinero” y otros argumentos estrechos que tienen respuesta y salida, o nos mantendremos radicalmente a la defensa de nuestro modelo cerrado, con preeminencia de tres partidos, bajo el control de grupos pequeños, muy a modo de los esquemas oligárquicos?

En la última década, la organización social tuvo un aire renovador con la formación de figuras asociativas de la llamada sociedad civil: organizaciones no gubernamentales u organizaciones de la sociedad civil (ONG - OSC) cuya presencia abarcó el campo y, sobre todo, la ciudad. Tales figuras asociativas incursionaron en todos los temas y causas de última generación: derechos humanos, medio ambiente, género, diversidad sexual, discapacidad, antidiscriminación, migración, etcétera. Estos nuevos actores sociales refrescaron el ambiente, pero su ímpetu se perdió en la descoordinación, la ausencia de programas de mayor alcance y la falta de apoyos para fortalecer sus estructuras y organización. Con ello se truncó la posibilidad de que influyeran en las decisiones fundamentales del país.

Desde la década de los años treinta -con excepción de las rebeliones ferrocarrilera y electricista, y los movimientos de los trabajadores telefonistas y universitarios en los años setenta-, en las organizaciones sindicales de obreros, empleados y trabajadores no sucede nada más allá de los escándalos por corrupción o por querellas internas entre pares por el poder. Amparados en leyes corporativas, protegidos por funcionarios y gobernadores, estos grupos mantienen inalterables sus estructuras de dirección, se arraigan en el poder por décadas y lo heredan de padres a hijos, o ponen hombres de paja y se convierten en líderes morales que mantienen el férreo control de las organizaciones. Esta burocracia sindical no rinde cuentas a sus agremiados ni al gobierno, ni a la sociedad; son grupos estrechos, blindados, que amasan fortunas “inexplicables” sin riesgo y que -a cambio del control gremial, de favores y apoyo político-electoral cada vez menos eficaz- acceden a puestos gubernamentales, a posiciones en los cabildos, en los congresos locales y en el Congreso Federal. Esta tendencia no parece revertirse. Al contrario, algunos líderes sindicales consolidan su poder y amplían su influencia, e incluso han demostrado que a pesar de la alternancia en el gobierno pueden sostener posiciones clave en el ámbito federal y fundar un partido político. Lo que está vedado a los ciudadanos, ellos lo logran con dinero y poder.

México no es un país pobre, es un país de pobres. Ocupamos el 12 lugar<sup>4</sup> en el *ranking* mundial de las economías, tenemos al segundo empresario más rico del mundo<sup>5</sup>. En contraste, tenemos el sitio 53<sup>6</sup> en recaudación fiscal y el mismo lugar en desarrollo humano<sup>7</sup>, por debajo de Chile, Uruguay, Argentina, Brasil, Costa Rica y Cuba. Ello es resultado de una extraordinaria concentración de la riqueza en unos cuantos grupos de poder económico que actúan sin competencia, protegidos por leyes corporativas, amparados en diversas fórmulas para evadir impuestos. Grupos de empresarios que controlan las organizaciones gremiales y que tienen sus sindicatos a modo, hechos a su medida. Grupos cerrados que tienen sus propias universidades -semilleros de cuadros exclusivos-, que se han convertido en sus centros de reclutamiento laboral, de los cuales quedan excluidos los mejores egresados de las universidades públicas.

A diferencia de las *élites* económicas de España, Chile, Brasil y Argentina (para hablar de las más cercanas), que se han abierto a la competencia interna y se preparan para competir en el mundo a partir de relaciones modernas y democráticas, que se someten a políticas fiscales transparentes y a normas regulatorias de libre competencia, que negocian con el gobierno y los sindicatos y adquieren compromisos políticos y sociales para el bienestar de sus respectivos países, nuestra burguesía ( para utilizar un término marxista ) se ha rezagado y vive en un paraíso cerrado, protegido, con todo para ganar, gozando de extraordinarios derechos y casi ninguna obligación con el país. No llenan ni siquiera la máxima de Marx y Engels, escrita en el siglo antepasado: "La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales".<sup>8</sup>

El Ejecutivo mexicano es mal juez y por su casa no empieza. Jamás, en los últimos tres sexenios, puso en duda la esencia del Estado, si acaso se habló de sus dimensiones y de su eficiencia, pero la cuestión no estriba en su tamaño sino en su contenido social, en su carácter democrático y en su apego a la ley. Estos tres elementos debieran alejarlo del corporativismo y del autoritarismo, y otorgarle un papel proactivo en la defensa de los derechos de los mexicanos, sobre todo de los más desprotegidos. Donde se corrobora palmariamente la tesis del "mal juez" es en el terreno de la eficiencia: los bienes y servicios que el Estado ofrece a los mexicanos son caros, de mala calidad y... no hay otros. La gran mayoría de la población sólo puede acceder a los servicios de salud de dos instituciones: IMSS e ISSSTE; únicamente puede comprar gasolina magna o premium de PEMEX; si vive en el DF tiene acceso a la electricidad que expende la Compañía de Luz y Fuerza del Centro, y si vive en las entidades debe comprar a CFE. No hay que esperar a que el destino nos alcance, el Gobierno Federal y el Poder Legislativo necesitan reaccionar y detonar un proceso de reforma y modernización -sin prejuicios ideológicos- del Estado Mexicano. Si esta

---

4 *The World Bank, Data & Statistics, Quick Reference Tables: Total GNI 2005 (Atlas Method)*, <http://siteresources.worldbank.org/DATASTATISTICS/Resources/GNI.pdf>. México disputa un lugar entre el 10 y 12 del Ranking mundial.

5 Luisa Kroll & Alison Fass (Editors), *The World's Richest People* en Forbes.com, [http://www.forbes.com/2007/03/06/billionaires-new-richest\\_07billionaires\\_cz\\_lk\\_af\\_0308billieintro.html](http://www.forbes.com/2007/03/06/billionaires-new-richest_07billionaires_cz_lk_af_0308billieintro.html)

6 OECD Factbook 2006. Economic, Environmental and Social Statistics: Public Finance, Total tax revenue, <http://caliban.sourceoecd.org/v1=1778603/c1=17/nw=1/rpsv/factbook/09-03-01.htm>

7 United Nations Development Programme (UNDP), *Human Development Report*, UN Plaza, NY, 2006, pp. 283,

[http://hdr.undp.org/hdr2006/pdfs/report/HDR\\_2006\\_tables.pdf](http://hdr.undp.org/hdr2006/pdfs/report/HDR_2006_tables.pdf)

8 Marx y Engels, *Manifiesto Comunista, Obras escogidas en tres tomos*, Editorial Progreso, Moscú, pp. 114.

reforma o modernización no se realiza, los derechohabientes y los consumidores mexicanos seguirán teniendo malos servicios de salud y comprando energía eléctrica y combustible malo y caro, mientras que nuestras empresas públicas e instituciones no sólo nunca van a poder competir con los esquemas internacionales, sino que pueden entrar en un periodo de franca agonía.

### **Entre el Anhelado y la Realidad**

Mientras los anhelos SD perfilan un proyecto de apertura y amplias libertades en todas las relaciones sociales del país, regido por un Estado moderno, la realidad muestra un esquema social cerrado, controlado por pequeños y poderosos grupos de poder, auspiciado por un Estado conservador, inmovilizado y cada vez más débil.

El reto es formidable y la disyuntiva es compleja: o la corriente SD -de reciente formación y compuesta por personajes, grupos y partidos- se mantiene dispersa y -inmersa en la trampa del realismo político- se diluye como proyecto y se margina de las decisiones fundamentales del país, o se decide y abre un amplio debate sin cortapisas hacia una agenda propia de la nueva izquierda mexicana, para construir un país moderno, preocupado por la igualdad y abierto a la competencia en todos los ámbitos de la vida moderna. El problema es de voluntad y de necesidad. De voluntad, porque se requiere de la decisión política para dar, colectivamente, los primeros pasos hacia el encuentro con los temas que se debaten en el mundo moderno. Y de necesidad porque, sin ánimos catastrofistas, el destino alcanzó a México y le exige desmontar la actual estructura de relaciones económicas, sociales y políticas, así como edificar un nuevo andamiaje estatal para competir con eficacia, y darle solución a los problemas y exigencias de los nuevos mexicanos.

La palabra clave es: apertura. Apertura con los similares y hacia los nuevos temas e ideas; apertura en el régimen partidario; apertura a nuevos esquemas de organización social, y apertura a la competencia económica. El país no puede ser más el rehén de las oligarquías que han impuesto su esquema premoderno de relaciones durante décadas, mostrando su formidable poder para minar las reformas económica y político-electoral, y para socavar también lo que vimos todos con enormes esperanzas: la alternancia en el poder.

El surgimiento de una nueva izquierda, portadora de un mensaje de igualdad que vaya a los ciudadanos y les ofrezca un proyecto de cambio reformista, libre, democrático y eficaz, tiene un imprescindible punto de partida: que una parte de la ciudadanía se convenza de que hay otra forma de vivir en sociedad, una manera diferente de participar en política, un camino distinto para acceder a una oferta más amplia de bienes y servicios. Diseñar un proyecto SD de país conviene a los nuevos partidos, permanentemente discriminados por el tripartidismo; conviene a los empresarios, sujetos a las decisiones de los monopolios; conviene a los obreros, controlados por la burocracia sindical; conviene a los consumidores, cautivos de una oferta cara y limitada de bienes y servicios; y conviene a todos los mexicanos que viven en un país de crecimiento insuficiente, donde se distribuye muy mal la riqueza y no existen espacios de libre participación ciudadana.

Ningún país ha entrado al terreno de la viabilidad, sin antes ponerse de acuerdo. Hay varios ejemplos, recordemos los paradigmáticos: El Pacto de la Moncloa en España y los acuerdos en Chile. Las dos experiencias se abrieron a la libre competencia económica, abrieron su

sistema de partidos e impulsaron proyectos de reforma de la sociedad. España, Chile<sup>9</sup> y ahora Irlanda, son países competitivos, crecen con suficiencia, bajaron sensiblemente los niveles de desigualdad y fortalecieron sin prejuicios su sistema de partidos y su modelo de participación ciudadana. México puede ingresar a ese grupo: necesita abrir el proceso, alimentarlo con prudencia, pero sin cesar en la intención. La iniciativa debe surgir de los partidos y, sobre todo, de sus representaciones en el Congreso. Ellos deben dar el paso inicial, pues no se vislumbran posibilidades de que esto acontezca ni entre los empresarios ni entre las organizaciones sindicales.

En esta gran empresa del Siglo XXI, la corriente SD no puede quedar ni indefensa ni inmóvil entre los proyectos de la derecha y de la izquierda tradicional, y menos aún asumir el papel de convidado de piedra del partido de izquierda más fuerte, que o no ha querido o no ha podido reformarse.

La nueva izquierda debe apostar a la modernidad, al futuro, construir su identidad, elaborar su agenda y dar lo que puede ser el paso más importante de su corta existencia: colocar en el debate nacional un Nuevo Proyecto de País que demuestre a los mexicanos que podemos vivir mejor, que hay otra salida, más eficiente y promisoria, muy distinta a las ofertas tradicionales, ya sean de corte neoliberal o de corte estatista y corporativo.

En este país hay buenos funcionarios públicos, mejores empresarios y sin duda mejores políticos y ciudadanos que tienen enfrente un dilema: o dejan a las oligarquías decidir para seguir viviendo mal o dan el paso para abrir un proceso democrático y participativo regido por las ideas y valores del buen vivir.

---

<sup>9</sup> Vania Roxana Ávila García, *Op.Cit.*, pp. 70.